

9. Testigos de la plenitud del amor:

La virginidad cristiana y el destino final del cuerpo

Comenzábamos este libro comentando las primeras páginas del Génesis. Se encuentra allí el plan primero de Dios sobre el hombre, las experiencias originarias de Adán y Eva. En ellas hallamos los cimientos de toda experiencia con que cada hombre edifica su vida. Y sin embargo, nos quedan todavía preguntas sin responder. Ocurre que volver al origen no basta para contemplar todo el proyecto de Dios sobre el hombre. Hay que mirar también al final, a ese punto donde los pasos del hombre alcanzan su destino definitivo.

¿Es posible conocer de algún modo nuestra meta, así como hemos accedido al principio? A bote pronto la respuesta parece negativa: el futuro resulta más oculto y misterioso que el pasado. Pues estamos seguros de que hubo un origen y de que sus efectos están presentes en nuestra vida, igual que al tocar el tronco de un árbol tenemos certeza de que hunde en el suelo firmes raíces. Pero el final, el destino último, nos parece etéreo, intangible, así como en invierno se hacen difíciles de imaginar los frutos de una planta.

Y sin embargo, como afirma Juan Pablo II, el futuro está presente en nuestra experiencia viva, no menos que el principio. Según el Papa, que habla de la escena del juicio final, representado por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, nuestra meta no está totalmente escondida: arroja ya su luz sobre el viaje del hombre, sobre el camino del amor.

En el puro centro de la Sixtina, el artista expresó este
final invisible
en el visible drama del Juicio.

Y este invisible final se hizo visible como la cumbre de la transparencia.

Juan Pablo II no era ingenuo. Sabía bien que este «fin invisible» no es sin más «la cumbre de la transparencia» sino también la región de lo desconocido, que proyecta su sombra sobre nuestro viaje: ¿no conduce nuestra ruta hacia la muerte desfiguradora? Por eso añade el Papa:

Y así pasan las generaciones.
Llegan desnudos al mundo y desnudos volverán
a la tierra de la cual fueron sacados.
«Porque polvo eres y al polvo volverás».
Lo que tuvo forma se volvió informe.
Lo que era vivo, he aquí muerto.
Lo que era bello, he aquí ahora la fealdad del despojo.

No hay que hacerse ilusiones, por tanto, sobre esa última frontera que nos aguarda, la muerte. Pero a la vez recordamos que ese destino no es toda la verdad sobre el hombre ni sobre sus pasos en el tiempo. Por eso el poema hace sonar enseguida una nota de esperanza:

¡Mas no perezo entero,
lo que es indestructible en mí permanece!

Cada vez que sopesamos nuestro destino nos sacuden preguntas que pueden provocar ansiedad. ¿Qué quedará de todos los esfuerzos por recorrer la ruta del amor? ¿Qué de las alegrías que los amantes encuentran en su unión, del gozo de la madre ante el don de una nueva vida, de la felicidad que hemos gustado y de las pruebas que hemos vencido? «Lo que es indestructible en mí, permanece». Hay una respuesta, una esperanza; por ella vale la pena emprender el viaje de la vida: nuestro cuerpo, y con él nuestro amor, está llamado a resucitar. ¿Qué significa esta promesa?

1. El cuerpo: testigo de vida y de muerte

En el libro del Génesis Dios avisa al hombre que morirá si come del árbol del conocimiento del bien y del mal (cf. Gén 2,17). Esta conciencia de ser mortal acompaña a Adán desde sus primeros pasos por la tierra. De hecho, le diferencia de los animales; allí donde encontramos tumbas, sabemos que han vivido hombres. La pregunta por la muerte pertenece a esa experiencia originaria de soledad ante Dios, de que hemos hablado. Es más, el testigo principal de esta experiencia es el cuerpo humano: la enfermedad y el envejecimiento nos recuerdan que hemos de morir, que no tenemos en nosotros la fuente de la vida. El hombre es, dice la Biblia, «carne, un soplo que se va y no vuelve más» (Sal 78,39).

La experiencia del amor parece poner aún más de relieve la fragilidad de nuestra vida en el cuerpo. Pues el amor duplica nuestro miedo: ahora ya no tememos solo por nosotros, sino también por la persona amada. Esta doble ansiedad hace surgir la pregunta que el Coro dirige a Andrés y Teresa en *El taller del orfebre*:

¿Cómo hacer, Teresa,
para permanecer en Andrés para siempre?
¿Cómo hacer, Andrés,
para permanecer en Teresa para siempre?
Puesto que el hombre no perdura
en el hombre
y el hombre no basta.

El cuerpo recuerda al hombre, por tanto, que ha de morir. Da testimonio de ello en cada enfermedad y en cada nuevo achaque. Pero ¿es este el único mensaje que comunica? De ningún modo: el cuerpo no habla solo de muerte, sino sobre todo de vida. Para entender por qué, recordemos cuanto ya hemos dicho sobre el lenguaje del cuerpo. Gracias al cuerpo la vida es apertura y relación, incapaz de cerrarse en actitud autosuficiente. El cuerpo nos dice que estamos en el mundo y que somos capaces de compartir la vida con otras personas, creando lazos de unidad. Ahora bien, precisamente a través de esta comunión con los otros la existencia puede hacerse más grande, disfrutarse con mayor abundancia. En suma, el cuerpo habla del amor, en que consiste la vida verdadera. Su mensaje no es solo muerte y debilidad, sino también apertura hacia una plenitud.

Esta visión de la vida como comunión es parte de la herencia del Antiguo Testamento. Para los judíos, de hecho, vivir era entrar en una red de relaciones: con el mundo, con los otros, con Dios. Y como entendían bien que el cuerpo es la base de esta relación, les resultaba difícil al principio concebir una vida después de la muerte. Su razonamiento no es difícil de seguir: si la vida es relación y la relación se basa en nuestros cuerpos, por la que nos abrimos al mundo y a los demás hombres, entonces la muerte del cuerpo parece poner fin a la relación con los otros y con Dios y eliminar todo posible sentido de una verdadera vida en el más allá: «el Sheol no te alaba / ni la Muerte te glorifica» (Is, 38,18). No sorprende, pues, que la Biblia comience imaginando la vida de ultratumba como ese lugar, el Sheol, donde las sombras de los hombres pululan dotadas de una existencia a medias, sin poder ver la luz ni alabar a Dios.

Ahora bien, hay que recordar que la apertura del cuerpo hacia los otros y hacia el mundo es en último término una apertura hacia Dios. Como se ha dicho, la soledad originaria del hombre no le permitía encontrar descanso en ninguna de las creaturas que le rodean. Esto es así porque el hombre, a diferencia de los animales, está llamado a una amistad con Dios, el verdadero inicio y fin de su viaje vital. Ahora bien, si la vida del hombre es relación, y la relación que funda todas las demás es la amistad con Yahvé, entonces se abre al hombre la posibilidad de una vida perdurable, incluso más allá de esa última palabra de la muerte. Pues Dios es inmortal y la fuente de la vida. Por eso tiene que ser verdad, de alguna manera, lo que dice el Salmo: «aunque mi carne y mi corazón se consuman, Dios es la roca de mi corazón, mi porción para siempre» (Sal 73,26). El cuerpo testimonia así la relación irrompible con Dios que presagia el triunfo de la

vida sobre la muerte. Vemos de nuevo que en la carne no se encuentra solo un indicio de debilidad, sino también una esperanza de vida para siempre.

Reflexionando sobre esta relación con Dios, que confiere al hombre la vida, el Antiguo Testamento descubrió poco a poco la verdadera naturaleza de la inmortalidad: la resurrección del cuerpo, hecha posible por la fidelidad del Dios de la Alianza. En respuesta a los saduceos, que trataban de quitar crédito a la esperanza bíblica, Jesús reafirma esta esperanza: «En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22,31-32). Detrás de la respuesta de Jesús se encuentra, de nuevo, la idea bíblica de vida. Si Dios ha establecido una alianza con los patriarcas es que ha ligado su propia identidad, su propio nombre, con la historia de estos hombres concretos, Abrahán, Isaac y Jacob. Ahora bien, Dios es el Dios de la vida. Por tanto, estos hombres no pueden morir, ya que están en relación con Dios. Como dice Juan Pablo II en su *Tríptico Romano*, el fin del hombre es retornar a la fuente de donde vino: «El final es invisible, como el principio. / El Universo fue creado por el Verbo y al Verbo regresa».

2. Más fuerte que la muerte es el amor

Lo dicho ilumina el destino de la unión entre hombre y mujer según la Biblia. Sabemos, desde nuestro tercer capítulo, que el amor de Adán y Eva revela una tercera presencia, la de Dios mismo. Él es el dador primero, quien ha confiado la mujer al hombre y el hombre a la mujer. Ahora bien, si esto es así, entonces el amor humano lleva consigo una promesa de inmortalidad. Si es Dios el que une entre sí a los amantes, entonces el amor, sitiado por la corrupción, puede contraatacar para romper el cerco: «Es tan fuerte el amor como la muerte [...], es una llamada de Yahvé» (Cant 8,6). Como escribió Karol Wojtyła, «el amor no discurre al par de la muerte; la sobrepasa. He aquí de nuevo la paradoja del cuerpo: a la vez que habla de fragilidad, da esperanzas para triunfar sobre la muerte:

El cuerpo esconde en sí la perspectiva de la muerte, a la que el amor no quiere someterse. El amor es, en efecto, [...] «una llama del Señor» que «las aguas torrenciales no pueden apagar», «ni los ríos anegar» (Cant 8, 6-7).

El libro de Tobías nos ofrece una dramática descripción de esta lucha entre amor y muerte. El protagonista desposa a una mujer, Sara, sobre cuya historia pesa una maldición. En efecto, han muerto ya, asesinados en la misma noche de bodas por el demonio Asmodeo, sus siete anteriores maridos. Sabedor de que su amor está amenazado por fuerzas destructivas, Tobías y Sara invocan la protección de Yahvé; confían en que, aquel que al principio del mundo bendijera el matrimonio, se mantendrá fiel para siempre a su promesa:

Tobías se levantó del lecho y le dijo: «Levántate, hermana, y oremos y pidamos a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos salve». Ella se levantó y empezaron a suplicar y a pedir quedar a salvo. Comenzó él diciendo: «¡Bendito seas tú, Dios de nuestros padres, y bendito sea tu Nombre por todos los siglos de los siglos! Bendígante los cielos, y tu creación entera, por todos los siglos todos. Tú creaste a Adán, y para él a Eva, su mujer, para sostén y ayuda, y para que de ambos proviniera la raza de los hombres. Tú mismo dijiste: “No es bueno que el hombre se halle solo; hagámosle una ayuda semejante a él”. Yo no tomo a esta mi hermana con deseo impuro, mas con recta intención. Ten piedad de mi y de ella y podamos llegar juntos a nuestra ancianidad». Y dijeron a coro: «Amén, amén». Y se acostaron para pasar la noche (Tob 8, 4-9).

Tobías y Sara nos lo recuerdan: la bendición original de Dios sobre el amor es más poderosa que las fuerzas que tratan de destruirla. El sello de Dios comunica al amor humano una fuerza capaz de vencer la muerte. Así decía Juan Pablo II: «Lo que es indestructible en mí permanece». Entendemos ahora lo que esto significa: lo indestructible en el ser humano es su relación con la fuente de la vida, descubierta en el encuentro amoroso entre hombre y mujer. El amor aparece así como una participación en el Dios eterno. Por eso, como dice Gabriel Marcel: «Amar es decir al otro: Tú no morirás».

Una objeción, sin embargo, nos sale pronto al paso. Pues, incluso si la bendición y la promesa de Dios fortalecen al amor para que desafíe a la muerte, ¿no parece que ésta acaba siempre ganando la batalla, pronunciando la última palabra? ¿no nos separa brutalmente de aquellos que amamos? El mismo cuerpo que, en los momentos más felices de comunión, presiente la eternidad en que desemboca nuestra vida, nos

descubre a la vez lo inevitable de nuestra enfermedad y muerte, de nuestra separación. El cuerpo parece un recipiente demasiado quebradizo para contener en sí la inmortalidad que nos promete. ¿Hay alguna forma de escapar de este dilema?

Hay que decir: el amor humano es incapaz de resolver el problema que él mismo nos pone. Tal cosa, ciertamente, no debería extrañarnos. ¿No pertenece esto, precisamente, a la esencia del amor? En efecto, es una ley que hemos descubierto poco a poco: en cada momento crucial de la ruta el crecimiento del amor depende de un encuentro sorprendente que nos lleva más allá de nosotros. Si la existencia del hombre es salida hacia el mundo y los otros, escucha atenta de la realidad que le llama a descubrirla, es normal que su último paso por la tierra dependa también de esta apertura hacia lo alto. Ante la muerte solo queda tender la mirada hacia el cielo, confiando en que venga desde allí la ayuda. Pero, ¿es esta mirada un mero deseo, una última actitud desesperada para no tener que afrontar el vacío y la nada? ¿O tiene la esperanza un sólido fundamento, que la sostenga como el ancla lanzada hacia arriba sostiene la escalada del montañero?

3. Hijos para siempre

Para un cristiano, la respuesta es clara: la fuente de nuestra esperanza es la resurrección de Cristo. Los Padres de la Iglesia sabían que la buena noticia del evangelio cristiano no es solo la supervivencia del alma. Los antiguos filósofos, como Platón y Pitágoras, ya habían defendido esta doctrina, que los cristianos también sostuvieron. La novedad celebrada por los Padres era la resurrección del cuerpo. Así como Jesús resucitó de entre los muertos, así nuestros cuerpos frágiles y humildes resucitarán también con Él en gloria. Esta es la alegría cristiana: el camino del amor, que nuestro cuerpo nos revela y abre, no queda truncado por la muerte. Está llamado a resucitar, a hacerse perfecto. La Resurrección de Jesús remueve la piedra del sepulcro para que podamos respirar un aire fresco.

¿Cómo es posible esta nueva esperanza? Volvamos por un momento a la vida terrena de Jesús. Ya en el Antiguo Testamento Dios muestra su deseo de hacer una alianza eterna con el hombre. Lo que nadie sospechaba es que, para ello, llegaría al extremo de enviar a su propio Hijo, su Hijo único, que pertenece a su mismo ser divino. Hasta ahora Yahvé era el «Dios de Abrahán, Isaac y Jacob», que ligaba su propia esencia a la historia de aquellos hombres. A partir de ahora se va a llamar «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 1,3). La decisión de Dios, que quiso anudar su propia identidad con los nombres de los patriarcas, se ratifica ahora con el envío de su misma Palabra. Por la Encarnación Dios se ha ligado para siempre con la historia humana, que ha unido a la suerte de su propio Hijo.

¿En qué consistió la vida de Jesús en la tierra? Su historia es la historia del Hijo de Dios, aquel cuyo misterio más hondo es cumplir la voluntad de su Padre. Todo su ser se centra en el Padre, mira hacia Él, depende de Él. Pues bien, ahora esa misma vida en relación, esa vida filial, va a ocurrir en un cuerpo humano; el Hijo va a pisar la tierra, a cansarse del camino, a sentarse fatigado a beber junto a un pozo. ¿Se contradice esto con su ser eterno, de Hijo de Dios? De ningún modo: pues el cuerpo tiene en sí un significado filial; el cuerpo señala hacia el Padre y nos lo hace presente. Por eso Cristo puede entrar en ese espacio. En Jesús el cuerpo del hombre va a hablar con insuperable claridad su lenguaje de comunión, con Dios y los hombres.

Damos ahora un paso más. La vida verdadera solo es posible para quien permanece en relación con Dios, como hijo suyo. Es esto lo que asegura que la inmortalidad sea posible, y no solo un sueño inalcanzable. Pensemos cómo fue esto en el caso de Jesús. Cada paso de Jesús por el mundo, a medida que iba realizando lo que el Padre le pedía, era un avance hacia la vida eterna. El Hijo vivía en el cuerpo su obediencia y, de este modo, iba transformando su carne en inmortal. Es verdad que Cristo compartió nuestros sufrimientos y dolores; que su cuerpo estuvo sujeto a la pasión y, al final, a la muerte. Los golpes de los soldados y sus latigazos iban robando a su cuerpo el hálito vital. Pero a la vez, al vivir su suplicio como obediencia al Padre y como amor a los hombres, cada golpe le acercaba más a la vida, pues hacía su vida más relacional, más abierta a Dios, más eterna... La cruz, precisamente el momento de máximo dolor y muerte, es también la culminación de la obediencia de Jesús, el punto en que su vida florece para la eternidad. El cuerpo habla así dos lenguajes: el de la decadencia hacia la tumba; el de la ascensión hacia el

Padre. Y como Cristo era el Hijo eterno de Dios, solo este último idioma podía triunfar: el Padre resucitará a Jesús.

Podemos entonces decir que la obediencia filial de Cristo al Padre era como una siembra de inmortalidad en su misma existencia en el cuerpo, una siembra que tuvo lugar durante toda la vida de Jesús. La Resurrección puso el sello definitivo sobre esta ascensión de Cristo al Padre. La Pascua trajo el fruto maduro de lo que había sido la vida de Jesús. Al resucitar a su Hijo de entre los muertos el Padre selló la filiación en su cuerpo, que se hizo ahora transparencia de Dios. Por eso San Pedro pudo interpretar el Salmo segundo, que habla de un nacimiento, como profecía de la resurrección de Jesús. Se trataba de un nuevo alumbramiento del Hijo de Dios en la carne: «Os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: “Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy”» (Hch 13, 32-33). Como afirma Tertuliano, hablando de la resurrección final, «los llamó hijos de la resurrección, pues por la resurrección, de alguna manera, tienen que experimentar un nacimiento». Ahora entendemos por qué es esto así. En la resurrección la carne de Cristo se hace manantial de donde brota sobre toda la raza humana el amor vivificante que habita en su cuerpo filial.

¿Qué ocurrirá, en efecto, cuando Cristo haga resurgir nuestros cuerpos? De acuerdo con San Pablo, recibiremos un «cuerpo espiritual» (cf. 1 Cor 15,44). Estamos acostumbrados a pensar en el espíritu como lo opuesto a la materia y en el cuerpo como meramente material. De este modo no entendemos la frase de Pablo: el cuerpo espiritual nos parece una contradicción. De aquí viene que imaginemos el cuerpo espiritual como el de un fantasma en estado gaseoso. No es este el pensamiento de San Pablo. Primero, el espíritu se refiere al Espíritu Santo, que es el amor de Dios, su presencia entre los hombres. Segundo, el cuerpo es apertura, relación, invitación a entrar en comunión con los otros y con Dios. Desde este punto de vista, la contradicción desaparece. Espíritu y cuerpo están de acuerdo, pues el Espíritu es el amor divino y el cuerpo es la apertura a ese amor. Por eso la venida del Espíritu sobre nuestro cuerpo no lo destruye, sino que lo lleva a perfección y completa su significado original. Un cuerpo espiritual es un cuerpo pleno, la máxima belleza y solidez del cuerpo, su capacidad de amar llevada a grado sumo.

4. Un amor resucitado

En la Resurrección el cuerpo de Jesús deja ver totalmente al Padre: es la plenitud del sentido filial del cuerpo. Ahora bien, Jesús es también el Esposo: su entrega a Dios ocurre a través de su entrega a la Iglesia, muriendo por los que el Padre le ha dado. Por eso su cuerpo redivivo se hace también expresión de su amor por los hombres. El mismo Señor lo asegura, la mañana de Pascua, hablando a la Magdalena: «Vete donde mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20,17). Jesús, el Hijo de Dios, llama a los hombres hermanos. Al revelar la paternidad de Dios, Cristo establece también la hermandad entre los hombres. Por eso Juan Pablo II dice que al resucitar se dará la comunión perfecta. Cada uno será sí mismo por estar totalmente abierto a los otros:

Debemos pensar en la realidad del «otro mundo» con las categorías del redescubrimiento de una nueva y perfecta subjetividad de cada uno, y a la vez de una nueva y perfecta intersubjetividad de todos. De este modo, esta realidad significa el verdadero y definitivo cumplimiento de la subjetividad humana, y, sobre esta base, el definitivo cumplimiento del significado esponsal del cuerpo.

Las dos dimensiones, la del cuerpo filial que señala al Padre y la del cuerpo nupcial que se abre al cónyuge, están trabadas entre sí. Habiendo recibido todo del Padre, Jesús es capaz de entregar todo, a su vez, a la Iglesia, su Esposa. Precisamente porque el cuerpo resucitado de Jesús es totalmente filial, se puede hacer también totalmente nupcial. De este modo la resurrección de Cristo lleva a plenitud el significado nupcial del cuerpo.

Más aún, Cristo va a llevar la experiencia nupcial de Adán y Eva a una insospechada altura. Al hacerlo, la va a transformar. La primera pareja estaba llamada a vivir el don esponsal como entrega exclusiva a una sola persona. Habían de darse totalmente el uno al otro, y esto impedía que otros

participasen en la misma relación. Con esta exclusividad cada esposo expresaba que la otra persona era única e irrepetible; expresaba también que Dios, misterio absoluto hacia el que caminan unidos, es uno solo. La novedad de Cristo es que es capaz de ofrecer su don nupcial «por muchos», sin por ello dejar de entregarse por cada uno, en su irrepetible originalidad. En la Eucaristía, en efecto, el cuerpo de Cristo es a la vez dado «por mí», como por una persona única e irrepetible (ver Gal 2,20) y, al mismo tiempo «por todos los hombres», que se convierten en hermanos por participar en el mismo cuerpo. A través de la Eucaristía el Señor Resucitado comunica su vida a todos los cristianos, como una llama contagia su llama a otras. Un Padre de la Iglesia lo expresó de esta forma:

Así como el cuerpo del Señor fue glorificado en la montaña cuando se transfiguró en la gloria de Dios y en luz infinita, así los cuerpos de los santos serán glorificados y brillarán como relámpagos [...] «La gloria que Tú me has dado, se la he dado a ellos» (Jn 17,22). Igual que de una sola llama se encienden multitud de velas, así los cuerpos de todos los miembros de Cristo serán lo que Cristo es [...] Nuestra naturaleza humana se transforma en la plenitud de Dios; se hace totalmente fuego y luz.

5. Ya no se casarán...

Hemos dicho antes que en el cielo llegará a un grado sumo la relación del hombre con Dios. Se podría pensar que la persona resucitada queda tan absorbida por la presencia de Dios que las demás criaturas pierden para ella todo interés. Jesús mismo predice que el matrimonio desaparecerá en la vida futura: «Los que sean considerados dignos de llegar al mundo futuro y a la resurrección de los muertos no se casarán ni serán dados en matrimonio» (Lc 20,35). ¿Cómo hay que entender esta enseñanza? ¿Qué es lo que sucede a la relación de los esposos en el cielo?

En primer lugar, la resurrección no elimina la naturaleza corporal del hombre, sino que la transforma. Por tanto, tampoco desaparecerá la diferencia sexual de hombre y mujer; el ser humano no dejará de ser masculino o femenino. Ahora bien la forma de vivir la sexualidad cambiará:

Los cuerpos humanos, recuperados y al mismo tiempo renovados en la resurrección, mantendrán su peculiaridad masculina o femenina y que el sentido de ser en el cuerpo varón o hembra será constituido y entendido en el «otro mundo» de modo diferente a como lo fue «desde el principio» y después en toda la dimensión de la existencia terrena. [...] La dimensión de masculinidad y femineidad –esto es, el ser en el cuerpo varón o hembra– será construida de nuevo, juntamente con la resurrección en el cuerpo, en el «otro mundo».

¿En qué consiste la transformación a que el Papa se refiere en este pasaje? Para entenderla acudiremos a un texto de la *Divina Comedia* de Dante. El poeta, en su camino hacia el paraíso, descubre que no hay envidia entre los bienaventurados. Allí no se compite por el bien, pues lo poseído por cada uno hace crecer el caudal de todos: «cuanto más se dice allí *nuestro*, tanto mayor bien posee cada uno». El poeta pregunta: «¿cómo puede ser que un bien distribuido entre más poseedores, les haga más ricos que si fueran pocos?» Se le responde con una imagen. El amor de Dios es como la luz reflejada en muchos espejos. Cuanto más limpio sea cada espejo más luz reflejará, no solo para él sino para los otros. Y así: «Cuanto más almas haya allá arriba, más amor hay allí, y, como espejos lo reflejan unas sobre otras».

Apliquemos esto a la relación entre los esposos. Podemos decir que cuando los dos reciban más plenamente del amor primero de Dios, tienen más capacidad para donarse el uno al otro. La comunión con Dios nos desborda, como un vaso que rebosa, y se derrama sobre los demás, uniéndonos en lo que el Credo llama «comunión de los santos».

Por eso, la nueva relación entre los esposos no destruye su amor, tal como lo han vivido en la tierra; más bien revela su plenitud. Pues recordemos que el amor conyugal está siempre unido a la soledad originaria del hombre ante Dios (su relación con el Padre). A esta presencia del amor divino en la unión de los cónyuges la llama Juan Pablo II «dimensión virginal» de la relación entre los esposos. Adán puede amar a Eva, su mujer, solo si la respeta como hija de Dios; igualmente, puede entregarse a ella solo si se comprende a sí mismo como un don del Padre a Eva. Desde aquí podemos atisbar la vida del cielo: entonces florecerá esta dimensión virginal, que constituye ya ahora en la tierra la clave de bóveda del amor esponsal. Recordemos que el hombre y la mujer no están llamados simplemente a mirarse el uno al otro, sino a

caminar unidos hacia Dios, fuente primera y destino último del amor. Por eso la experiencia virginal de nuestro cuerpo en el cielo no se opone a su sentido esponsal, sino que lleva este último a perfección.

Podemos también decir que en el cielo el hombre y la mujer alcanzan esa paz que aparece en el Cantar de los Cantares, allí donde el amado se refiere a su amada como «hermana». Esta relación entre los esposos como hermano y hermana, dice Juan Pablo II, «es el común sentido de pertenencia al Creador como Padre común». Estando ahora más cerca de la fuente de todo don, los esposos disfrutaban de la perfecta comunión y paz.

El esposo del Cantar de los Cantares dice primero: «¡toda hermosa eres, amiga mía!» (Cant 4,7), y en el mismo contexto se dirige a ella: «hermana mía, esposa» (Cant 4,9). No la llama con el nombre propio (sólo dos veces aparece el nombre «Sulamita», sino que usa expresiones que dicen más que el nombre propio).

El amor [...] empuja a ambos a buscar el pasado común, como si descendieran del círculo de la misma familia, como si desde la infancia estuvieran unidos por los recuerdos del hogar común. Así se sienten recíprocamente cercanos, como hermano y hermana que deben su existencia a la misma madre. De aquí se sigue un sentido específico de pertenencia común. [...] *De aquí nace* enseguida esa *paz* de la que habla la esposa. Es la «paz del cuerpo», que en apariencia se asemeja al sueño («no despertéis, no desveléis del sueño a la amada, hasta que a ella le plazca»). Es, sobre todo, *la paz del encuentro* en la humanidad como imagen de Dios, encuentro *por medio de un don recíproco y desinteresado* («así soy a tus ojos, como aquella que ha encontrado paz»).

Llegados a este punto podemos subrayar la relación entre la vida plena del cielo y la pureza de la relación entre los esposos, que estudiamos en el capítulo séptimo. Recordemos que el don de piedad, que hace perfecta la pureza, es la capacidad para ver a Dios presente en medio de la unión de amor entre hombre y mujer. Por eso la resurrección puede entenderse como la continuación lógica del camino de castidad conyugal. De hecho, la resurrección equivale a la integración suprema de todas las dimensiones del amor humano: los deseos y emociones, el amor personal, la apertura hacia Dios. Una consecuencia de esto es que cada paso que los esposos dan hacia la pureza en su vida terrena les está preparando para la resurrección; está haciendo sus cuerpos inmortales. La pureza es una siembra de semillas de resurrección en nuestra carne mortal.

Esto nos ayuda a entender también el camino de quienes han sufrido la muerte de su cónyuge. La muerte no es en realidad la separación final, o la última palabra que pone fin a su relación; su amor continúa vivo, aunque ahora se haya transformado. Esta transformación consiste en que el amor de Dios, que era siempre parte esencial de su amor en la tierra, toma ahora la primacía en un modo nuevo. El reto a que se enfrentan consiste en aprender a vivir esta nueva presencia de su esposo, que vive ahora en Dios y en su promesa de resurrección. A esta luz, la vida aquí abajo es una preparación hacia un nuevo encuentro en que el amor terreno será transformado, purificado y fortalecido en el abrazo de Dios, cuando Él lo sea todo en todos (cf. 1 Cor 15,28).

6. La llamada a la virginidad

Cristo transforma el amor humano: «Nuestro Señor», escribe Karol Wojtyła, «obra muchas cosas a través del amor, muchas cosas buenas. El amor nos une con Él más que ninguna otra cosa, porque lo transforma todo». La transformación que Cristo trae con su amor no es solo algo que los cónyuges esperan para el más allá. Ya hemos visto que afecta desde ahora la vida en el matrimonio: Cristo les llama a vivir el amor a una nueva altura, según su propia medida, la del Hijo y el Esposo. Pero, además de ofrecer esta nueva dimensión a los casados, Jesús inaugura otra forma de caminar en el amor: la virginidad consagrada.

El Antiguo Testamento veía en el matrimonio el camino para acercarse a Dios. La unión de los cónyuges tenía para Israel un gran valor religioso: Dios daba a los esposos su bendición y, a través de su descendencia, por la que llegaría el Mesías, prometía la salvación al Pueblo. Por eso no encontramos aquí una valoración positiva de la virginidad, vista más bien como una desgracia. Y es que, como dice San Metodio de Olimpo: «estaba reservado al Señor el ser el primero en enseñar esta doctrina [de la virginidad]...; pues era conveniente que aquel que era el primero y cabeza de sacerdotes, profetas y ángeles, fuera también saludado como el primero y la cabeza de las vírgenes».

Hay un caso que parece contradecir tal afirmación: el profeta Jeremías, que permaneció célibe. Sin embargo, esta excepción confirma la regla. Pues Jeremías representa en su carne la situación de Israel, alejado del Señor y convertido en pueblo sin vida, en cuyas calles ya no resuenan los gritos alborozados de los recién casados. La virginidad de Jeremías es, pues, una carencia. Por el contrario Cristo no vivió la virginidad como mera privación, sino cual plenitud desbordante. En Cristo, Hijo y Esposo, la virginidad alcanza la cumbre del significado esponsal del cuerpo:

A la luz de las palabras de Cristo [...] es posible deducir que esa renuncia es a la vez una forma particular de ese valor del que la persona no casada se abstiene coherentemente siguiendo el consejo evangélico [...]. [La virginidad] sirve también –y de modo particular– para confirmar el significado esponsal del cuerpo humano en su masculinidad y feminidad. La renuncia al matrimonio por el reino de Dios pone de relieve, al mismo tiempo, ese significado en toda su verdad interior y en toda su belleza personal.

Cristo, el Hijo de Dios cuya misión es entregarse totalmente como Esposo de la Iglesia, ha llevado a plenitud el sentido del cuerpo. Ahora bien, ¿cómo es posible que las personas consagradas puedan participar de su vida? Hay que fijarse en el punto final del camino de Jesús: la resurrección de la carne. En Pascua el cuerpo de Cristo, rebosante del espíritu de amor, es capaz de comunicar a sus discípulos su propia plenitud de significado. Por eso Juan Pablo II llama «escatológico» (palabra derivada del griego *eschaton*, «fin») al sentido que el cuerpo adquiere en la virginidad. La virginidad, quiere decir el Papa, adelanta el final de la historia, pues es participación y testimonio de la plenitud de amor que ya fluye del cuerpo resucitado de Cristo y que inundará el cosmos cuando Él retorne al fin del tiempo. Es lo que afirma san Máximo el Confesor: «La Palabra viene a vivir en los santos imprimiendo en ellos, por adelantado, en un misterio, la forma de su venida futura, como si fuera un icono». Veremos enseguida que este impulso escatológico hace a la virginidad cumplir la triple medida del camino del amor, de que hablamos en capítulos anteriores: el hijo que se entrega como esposo para convertirse en padre.

7. Hijos, esposos, padres: el camino de la virginidad consagrada

El camino del amor se recorre según tres coordenadas: reconocerse como hijos, para poder entregarse como esposos y, así, llegar a ser padres en la fecundidad del amor. Cristo, en sus pasos por la tierra, no siguió una ruta diferente: la suya fue la vida del Hijo que da su cuerpo a la Iglesia Esposa para así engendrar vida nueva en los hombres. Ahora bien, Jesús transformó el modo de recorrer esta ruta, que adquirió, en él, carácter virginal. Solo así podían alcanzar su plenitud estas dimensiones de la existencia humana.

Primero, esta transformación se basa en la dedicación exclusiva de Jesús a la voluntad del Padre. La carne de Cristo es virginal, antes que nada, porque es filial, según la medida del Hijo eterno de Dios. Su cuerpo apunta en modo nuevo al Padre, de cuya voluntad se alimenta el Hijo. En segundo lugar, lejos de eliminar el sentido esponsal del cuerpo, la virginidad de Cristo lo reafirma y plenifica. Se transforma ahora la forma en que Adán y Eva experimentaron su unión en la carne. Tenemos ahora una esponsalidad virginal por la que Cristo puede entregarse en modo singular y único por todos y cada uno de los hombres. En efecto, el Hijo se hace Esposo, que da a luz a la Iglesia y se une a ella desde la cruz. Por último, esta unión de Cristo con la Iglesia resulta fructífera en grado sumo: a través del Bautismo Cristo engendra hijos e hijas para Dios, su Padre, en el seno eclesial.

Este triple ritmo (del hijo, el esposo, el padre) que está inscrito en el cuerpo humano desde el principio, alcanza aquí una riqueza insospechada. La virginidad de Cristo, enraizada en su obediencia filial, lleva a cumplimiento el sentido nupcial del cuerpo y, al hacer así, es sobremanera fecunda.

Entendemos ahora mejor la vocación a la virginidad consagrada. En palabras de San Ignacio de Antioquía, su tarea consiste en «honrar la carne del Señor». Es una llamada, por tanto, a configurarse con la forma en que Cristo vivió su corporalidad y, de este modo, beber de su plenitud, según las tres dimensiones del amor que Cristo realizó en su cruz y resurrección: hijos, esposos, padres, en modo virginal.

a) En Cristo, el Hijo, la plenitud de la soledad originaria

El centro de la virginidad es una nueva relación filial con Dios, la que inauguró Jesús, su Hijo. La persona consagrada está llamada a seguir al Hijo y a participar en su forma de dirigirse al Padre, viviendo de su voluntad. La virginidad, por tanto, es la plenitud de la soledad originaria, entendida como relación filial con Dios. El Hijo, con su Encarnación, ha traído una nueva medida de la corporalidad humana, una nueva capacidad de expresar en la carne la presencia de Dios. Así, el cuerpo de la persona consagrada se convierte en un signo de la primacía del amor divino en el mundo.

b) En Cristo, el Esposo, la plenitud de la unidad originaria

La persona consagrada participa también en la plenitud que Cristo confiere al significado esponsal del cuerpo. Con su vida virginal hace presente en el mundo el mismo amor de Cristo, que se entrega totalmente a todos los hombres. Y no como si fueran una masa indiferenciada, sino teniendo en cuenta lo que es genuino y propio de cada persona.

Dado que tiene lugar en la cruz, esta plenitud y afirmación del significado esponsal del cuerpo participa también del dolor. Este tipo de sufrimiento, que va unido a la renuncia a formar una familia, es una forma de configurarse corporalmente a Cristo. Es la forma en que Él lleva a plenitud el significado nupcial del cuerpo, a partir de su amor por el Padre.

Hay que subrayar que esta plenitud de la vida filial y esponsal está enraizada en el cuerpo, incluyendo la afectividad y pasiones. La virginidad no consiste, por tanto, en una renuncia al cuerpo, sino en una forma distinta de vivir en la carne las experiencias originarias (la soledad y la unidad del principio). San Pablo describe bien este vínculo con la corporalidad. Así como el hombre casado está preocupado por agradar a su mujer, dice el Apóstol en 1 Cor 7,32, así el virgen se preocupa por «las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor». El consagrado no está, por tanto, libre de ansiedades; ni se refugia en un paraíso lejano y frío, extraño a este mundo. Ocurre más bien lo contrario: le mueve el deseo de servir al Señor y comparte el celo de Jesús por la salvación del mundo, junto con las alegrías y dolores que conlleva. El amor esponsal por el Señor le lleva a abrazar la angustia y esperanza de todos los hombres, identificado con el corazón de Cristo. Ya dice San Pablo que él comparte la preocupación y ansiedad por todas las Iglesias (cf. 2 Cor 11,28). Por supuesto, esta ansiedad no es angustia ni falta de sosiego. Como actitud filial, está enraizada en la paz de Dios, en la seguridad de que el amor del Padre nunca falla, pues «el que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?» (Rom 8, 32).

c) Paternidad y maternidad espiritual

En la virginidad, como en el matrimonio, la conexión entre la soledad y unidad originarias hace fructífero al amor humano. Como dijo San Agustín, la virginidad no es estéril, sino que florece en paternidad y maternidad espirituales. Es la visión que se le ofrece cuando su conversión: «Había una multitud de niños y niñas; había una juventud numerosa y hombres de toda edad, viudas venerables y vírgenes ancianas; y en todas estaba la misma continencia, que no era de ningún modo estéril, sino madre fecunda de hijos, nacidos de los gozos de Ti, Señor, su esposo».

Paul Claudel ha retratado esta fecundidad singular en su obra *La anunciación a María*. El principal personaje del drama, Violaine, contrae la lepra mientras cuida de un enfermo y, desde ese momento, ha de vivir aislada de su familia. La joven, sobre la que recae una vil sospecha, acepta esta situación en fe y confianza en Dios. La única persona que entiende el secreto de la santidad de Violaine es, paradójicamente, quien más la desprecia, su hermana Mara. Así, cuando la hija recién nacida de Mara muere, esta pide a Violaine que obre un milagro y la resucite. El abrazo de Violaine devuelve la vida a la pequeña pero, a la vez, la transforma: sus ojos cobrarán ahora el color de los ojos de Violaine. Su hermana exclama: «Violaine! ¿Qué significa esto? / Sus ojos eran negros, / Y ahora se le han vuelto azules, como los tuyos. (Silencio.) / ¡Ah! / ¿Y qué es esta gota de leche que veo en sus labios?». De esta forma Claudel intuye que Violaine se ha convertido en madre, en modo nuevo pero no menos real, y que su dolor fue fecundo, capaz

de dar a la niña nuevo alumbramiento. De hecho, al final de la obra, el padre de Violaine interpretará el sacrificio de su hija a la luz del sí de María en la Anunciación: «Hágase en mí según tu palabra». La Madre de Jesús, nos ilustra el modo concreto en que la persona consagrada alcanza fecundidad en su vida.

8. Madre y Virgen

En María se ve cómo la virginidad trae consigo un nuevo significado del cuerpo, que es plenitud de su sentido originario. Seguiremos las tres etapas –ser hijo, esposo, padre– que nos han inspirado hasta ahora.

a) Cada vez que una madre concibe una vida, da testimonio de la acción de Dios, que forma un nuevo ser humano en sus entrañas. Pero Dios no estuvo nunca tan presente como cuando María concibió a Cristo, «el hijo de una virgen, que fue Él mismo virgen», sin intervención de varón. La maternidad virginal de María manifiesta por eso al Padre como origen absoluto y fuente primera de la vida. Por eso ella participa en modo primordial, en su feminidad, del significado filial del cuerpo que su Hijo inauguró en la tierra. Esto le permitió vivir totalmente para la persona y la obra de Jesús, siguiendo sus huellas como discípula perfecta.

b) María, por participar cabalmente de la filiación, vive también el sentido nupcial del cuerpo. Su camino, a través del Hijo, hacia el Padre, pasa por abrazar, en amor, el sufrimiento de los hombres: «Una espada te traspasará el alma». A los pies de la Cruz, la Madre participa de los dolores de su Hijo en nuestro favor y se convierte así en icono de la Iglesia, Esposa de Cristo.

c) La virginidad de María se hace vitalmente fecunda. Ella es Madre, sea en Nazareth, sea en el Calvario, con una maternidad que se extiende a todos los hombres. María es, por eso, bendita entre todas las mujeres. Y Dante pudo decirle: «en tu vientre se encendió de nuevo la llama del amor».

María, con su maternidad concreta y sus concretos sufrimientos al pie de la cruz, nos enseña que la paternidad o maternidad virginal no son realidades meramente «espirituales», con el sentido etéreo que solemos dar a esta palabra. Por el contrario, esta fecundidad se refiere al cuerpo; tienen resultados concretos, tangibles, que transforman el mundo en que vivimos. Y, en efecto, la maternidad virginal de María, al engendrar a Jesús, marca el comienzo de una creación nueva. Del mismo modo la virginidad consagrada, que vive anticipadamente la plenitud final, colabora en el proceso en que la creación gime «con dolores de parto» y aguarda impaciente «la redención de nuestros cuerpos» (cf. Rom 8,22-23). La virginidad trabaja para convertir la creación material en expresión del amor y hace llegar así, en plenitud, el Reino de los Cielos.

La persona consagrada, por tanto, sigue el ritmo vital de Jesús como hijo, esposo, padre y anticipa la forma definitiva que el cuerpo tomará en el más allá. Así, la llamada a la filiación, la sponsalidad y la paternidad (la llamada inscrita en la familia), se dirige a todos los cristianos. El ritmo familiar que acabamos de describir, llevado a plenitud en la unión entre Cristo y su Iglesia, implica que los dos estados de vida (el matrimonio y la virginidad consagrada) se complementan. Para el hombre y la mujer vírgenes la vida de las parejas casadas testimonia que su amor al Señor y su Iglesia está en camino hacia la patria, y ha de impregnar el mundo en modo concreto. Por su parte, la vida consagrada recuerda a los matrimonios que su meta última y definitiva es el amor de Dios y ayuda a los esposos a amarse en el misterio de Cristo y su Iglesia.

Lo que hemos dicho en este capítulo ilumina también el camino de aquellos que, por los azares de la vida, no encuentran un lugar en estos dos estados, y permanecen solteros. Como todo hombre y mujer participan en la única vocación común del ser humano: la vocación del amor. También a ellos se les convoca a seguir el camino del hijo, el esposo, el padre. Dios les mostrará las vías concretas en que su vida –a través de su trabajo en la sociedad y de su servicio a los hermanos– puede hacerse don fructífero para los otros y, así, camino hacia Dios. «Nadie está sin familia en este mundo: la Iglesia es una casa y una familia para todos...». La Iglesia es, en efecto, la gran familia en que todos encuentran un lugar para vivir, es «el signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de toda la raza humana».